

Obtendré de tu padre la licencia,  
O forzaré su gusto  
Si á nuestro bien opone resistencia.  
—¡Ay! si de él esperais consentimiento  
Jamás le otorgará!

—Con tiempo y maña  
Todo es fácil. Yo tengo un pensamiento  
Que ayudándome tú ¡querida mía!  
O neciamente el corazon me engaña,  
O de tu libertad despunta el dia.  
Escucha, Blanca, bien, en el sosiego  
De una tarde serena  
Cuando tu gente salga  
Por la floresta amena,  
Al compás de un laud el peregrino  
Cantará dulcemente  
Los himnos del monarca penitente.  
Y la música ¡oh Blanca!  
Es talisman que lo imposible vence  
Y del alma mas terca y mas bravía  
El pensamiento mas feroz arranca.  
Por una sola noche  
Demandaré un albergue en el castillo  
Y sin que nadie á sospecharlo alcance  
En el silencio de la noche umbria  
A solas con tu padre razonando  
Lograré que consienta; y mas llegando  
A saber con mi nombre  
La razon de dejar la patria mia.

Y aqui corta el cronista  
De quien copio esta historia  
El hilo de su cuento, y no hallo justo  
Poner yo lo demas de mi memoria.  
Solo nos dice al cabo de dos hojas  
De inútil razonar, que ambos amantes  
De una acacia á los piés se despedian,  
Jurándose por vida ser constantes  
Al amor que los dos se prometian.  
Lo que el viejo hablaria no se sabe,  
Mas creo que seria bueno y mucho  
Pues era en tales lances harto ducho  
El tal romero, y el negocio grave.

Ello es, caro lector, que anocheceia,  
Y apartados al fin, con paso lento  
Cada cual á su albergue se volvia,  
Él al lugar á meditar su intento,  
Y ella á sus torres á esperar el dia.

#### CAPÍTULO IV.

EN DONDE VERÁ EL LECTOR, SI TIENE PACIENCIA, EL  
FIN DE LA COMENZADA HISTORIA.

Era una noche del abril serena,  
La luna en el cenit resplandecia  
Y el aura erraba de perfumes llena  
Que en las tempranas flores recogia.  
De esas noches azules, deliciosas  
Que solo ideas del placer producen,  
Y que solo para almas venturosas  
Para escenas de amor voluptuosas  
Con fugitivos resplandores lucen.  
Todo yacia en lánguido reposo  
En torno del castillo solitario,  
Circundado de ambiente vaporoso  
Cuyo velo entoldaba misterioso  
La lejana extension del campo vario.  
Todo en tranquila soledad yacia,  
Y solo alguna vez lánguido y lento  
Partido en frases sin compás se oía  
Un pausado cantar que se perdia  
Por la tranquila cavidad del viento.  
Y esta es la única voz que muchos años  
El nocturno silencio ha interrumpido  
De este castillo triste abandonado,  
Y esta es la única voz que han repetido  
De sus bóvedas hondas por los huecos  
Los recónditos ecos  
Y á los acentos del placer extraños.

Las aves que se anidan  
En sus rotas almenas  
El insólito canto oyen medrosas,  
Los pardos ojos asomando apenas  
Por las grietas añosas.  
Y con el son extraño desveladas

Sus ecos por el aire desaparecidos  
Alguna vez apoyan asustadas  
Con graves y monótonos graznidos.

Y el castellano en tanto  
Señor de aquella antigua fortaleza  
Paga de un viejo trovador el canto  
Haciendo ostentacion de su grandeza.  
Y le paga el cantor el hospedaje  
Dejando á su lado su bordon bendito  
Para cantar la historia de su viaje  
Mientras el huesped sacia su apetito.  
En medio de un salon entapizado  
Sobre mesa anchurosa  
Y delante de una ancha chimenea  
Magro tasajo humea,  
Y de las llamas al amor sentado  
Enfrente de la hermosa castellana  
El baron se harta del castillo dueño;  
Y dá al placer el tiempo que es del sueño,  
La voluntad torciendo soberana  
Con que Dios hizo al mundo  
Cuando animando el caos do yacia  
La negra noche separó del dia.

A sus piés y en un pico de la alfombra  
De la llama á la sombra  
Entonaba su cántico divino  
Un sonoro laud pulsando diestro  
El mismo misterioso peregrino,  
Que de figura y caracteres muda  
De Blanca por amor, y que sin duda  
En música y amor es gran maestro.  
Las viandas gustaba  
Blanca en silencio mientras él cantaba,  
Y si su padre el cántico aplaudia  
Con recelosos ojos le miraba,  
Y en silencio seguía :  
Mas si el baron la copa le alargaba  
El peregrino sin temor bebia.  
Y el baron al compás de las canciones  
Doblaba sin pensar las libaciones,  
Hasta que ya exaltada la cabeza  
Y alegre el corazon con el Borgoña  
Que á dejarse sentir acaso empieza,  
Perdió su gravedad mal simulada

Rompiendo en poderosa carcajada.  
Y necia ostentacion echando fuera  
Interrumpió al cantor de esta manera:  
—Dejad los salmos, que en verdad, buen hombre,  
Que aunque santos son poco divertidos  
Para halagar con ellos  
De un hidalgo que cena los oidos.  
Decid ¿cómo os llamais?

—No tengo nombre.

—Que ¿no os han bautizado?  
—El nombre que me dieron  
En la pila, señor, se me ha olvidado.  
—¿Tambien el suyo vuestra gente ignora?  
—No hay de mi gente ahora  
Ni un individuo, todos perecieron  
A manos de una peste asoladora.  
—Mas con nombre ó apodo  
Os han de distinguir de cualquier modo.  
—Llámanme, gran señor, Juan del Desierto.  
—Y es un nombre magnífico por cierto.  
—Y otro no he de llevar, por vida mial  
Hasta que un voto que ofreci, cumpliendo,  
Con el nombre y la faz que antes tenia,  
Pueda á mi patria con honor volviendo  
Salir ufano ante la luz dia.  
—¿Y cuál es vuestra patria?  
—El desierto, señor. ¿Pues no os lo dije?  
—¡Por Dios que sois bizarro!  
No alcanzo en el desierto que os aflije  
Volvais ó no volvais, en él ninguno  
Habrá que os eche en cara  
Mancha ó desdoro en vuestro honor alguno  
Desde vuestro bautismo.  
—Negocios son de casa y de familia  
Que se han de consultar consigo mismo.  
—Teneis razon, buen hombre,  
Porque así como así por un necio  
De familia tambien, no uso mi nombre.  
—Gózome pues, de haceros compañía  
Pareciéndome á vos, mas con permiso,  
¿Cuándo le cobrará su señoría?  
—Por ser vos galan al mismo tiempo  
Que vos le recobreis.

—De esa manera

Vuestro nombre postizo echad á fuera

Que yo lo haré mañana antes del día.  
—Que me place! brindad con ese vaso  
Para cantar mejor.

—En ese caso  
Decid á quien el brindis se destina  
O dadme vuestro nombre, será á ellos.  
—Brindad pues á Lotario y Argentina.  
—Lo merecen ¡pardiez! que son muy bellos.

Y levantando las copas  
A la par ambos á dos  
Al mismo tiempo brindaron  
Todo apurando el licor.  
Volver al canto en seguida  
El peregrino intentó  
Mas se trababa su lengua  
Sin dar con otra canción.  
Hasta que al dar á una estrofa  
Un tono desgarrador  
Los párpados poco á poco  
Sin concluir la cerró:  
El cuerpo desfallecido  
Tendiendo al dulce calor,  
Y en sueños tal vez luchando  
Con su enronquecida voz,  
A quien ahoga la estrecha  
Difícil respiración.

Esto que vió del castillo  
El soñoliento señor  
—«Lo entiende! dijo mirándole,  
Sigámosle, vote á Dios!»  
Y asíéndose de su esposa  
Para tenerse mejor  
¡Alímbrame! dijo á Blanca  
Y en su cámara se entró,  
Quedó la estancia en silencio  
Sin oírse al derredor  
Mas que el chispear de los tizos  
Y de las llamas el son.  
Mas apenas en la puerta

Blanca otra vez pareció,  
Cuando el peregrino alzándose  
Con rápida precaución  
Asiéndola de las manos  
Hablóla en este tenor:  
—Blanca, esta noche conmigo  
Otro peregrino entró,  
Búscales y á este aposento  
Tráemele al punto.

—Señor  
¡Que intentais!  
—Que no haya obstáculo  
En tu padre á nuestro amor.  
Yo sé que tengo palabras  
Con que ponerle en razón  
Y es un secreto que importa  
Consultarlo entre los dos.  
—Pero  
—¿Me amas?... ¿quieres necia  
A tu vida de dolor,  
A tus antiguos pesares  
Volver para siempre?

—Ah! no.  
—Pues obedéceme y calla,  
Que te juro por mi honor  
Que has de ser esposa mía  
Tras esta conversacion.  
Y hablando así el peregrino  
Blandamente la empujó,  
Y á la puerta la condujo  
Cerrándola de ella en pos.

De este negro castillo abandonado  
En cómodo y recóndito aposento

Triste y opacamente iluminado  
Con la luz amarilla  
De escasa y embozada lamparilla,  
Vino á esconder su amor á otro robado  
La que antes fué condesa de Castilla.

¿Qué importa que su esposo  
Llore en su yermo y despreciado lecho  
La herida que ella le dejó en el pecho,  
Si ella ríe su impúdica torpeza  
En brazos del amante licenciado  
Que goza en paz de su fatal belleza?  
¿Qué importa, si, que llore y desespere  
Como ella con su amante nunca espere  
Que sepa el infeliz su oculto asilo,  
Para que nunca pueda  
Ir á turbar su porvenir tranquilo?  
Mas ¡ay! que mal discurre quien mal obra;  
Y al fin burlada su esperanza queda  
Cuando tal vez la precaución le sobra.

Ignoraba tal vez el mundo entero  
De la esposa perdida la morada,  
Del pérfido galán el paradero,  
Y Castilla indignada  
Y la misma Tolosa avergonzada  
Las huellas les seguían,  
Y topar con su rastro no podían.  
Y Argentina y Lotario  
Reposaban en blando y dulce sueño  
Dentro de su castillo solitario.  
Y ella apenas dormida  
Del fuerte cuello de su amante asida,  
Y á medias descubierta,  
Leve sonrisa sobre el fresco labio  
Y en él palabra produciendo incierta  
De amante pensamiento concebido,  
Con el cabello en rizados destrenzado  
Y en la almohada tendido,  
Y el pecho contornado levemente  
Tras el lino sutil y trasparente,  
Estaba ¡vive Dios! cual nunca hermosa,  
Como nunca á la mente de algún niño  
La casta imágen del primer cariño  
En sueños se ofreció resplandeciente.  
Él reclinado entre sus brazos bellos

Y tal vez harto de placer, dormía  
 Mullido cabezal hallando en ellos.  
 Pero sonó á deshora  
 Confusó son de pasos por la estancia,  
 Y faltando la luz consoladora  
 Menguaba de los pasos la distancia.  
 Y una persona que llegaba á oscuras  
 Con pié callado y precaución traidora  
 Del lecho asió las anchas colgaduras.  
*¿Quién vá?* dijo Lotario despertando,  
 Mas no oyendo respuesta  
 Iba á saltar del lecho  
 Cuando su golpe por su voz guiando  
 Un agudo puñal llegó á su pecho,  
 Ante sus ojos vengador brillando.  
 Lanzóse al punto la infeliz belleza  
 Un socorro á implorar desatinada,  
 Y en brazos del incógnito cayendo  
*¡Amparadme!* gritó desalentada.  
 as en la sombra sujetarse viendo  
 Transida de terror y maravilla  
 —*¿Quién está aquí?* Pregunta vacilando,  
 Otra voz á la suya contestando:  
*¿Quién ha de ser? El conde de Castilla.*  
 Cayó de hinojos Argentina al suelo  
 Con dolorosa voz y amargo duelo  
 Piedad clamando al conde  
 Pero él con ronca voz, *en vano esperas,*  
 En la sombra responde,  
*Que resolví también tu desventura*  
*Que por no vacilar con tu hermosura*  
*Maté la luz porque á mis piés murieras.*  
 Y animando su ofensa á su venganza  
 Se dispuso á cumplirla  
 De la infeliz mujer sin esperanza  
 Buscando el corazón antes de herirla.  
 Siguióse un ¡ay! que se apagó en el viento,  
 Y un momento despues del golpe duro  
 En su recinto oscuro  
 Solo guardaba sangre el aposento.

Quando entró Blanca otra vez  
 De la cena en el salón,  
 Tranquilamente sentado

Al peregrino encontró,  
 Que la barba sobre el puño  
 Y el codo sobre el sillón

Una canción castellana  
 Entonaba á media voz.  
 Tendió tras Blanca al sentirla  
 El ojo escudriñador:  
 Y viendo á su compañero  
 Con ella entrar, sonrió.  
 Y á él dirigiéndose al punto  
 Con siniestra precaución  
 «¿Cumplistes?»—dijo—y el otro  
 —«Todo está ya» contestó.  
 A cuya respuesta asiendo  
 De su capa y su bordon,  
 Con voz reposada á Blanca  
 De aquesta manera habló:  
 —Blanca mía: todo lo hice  
 A medida de mi honor;  
 Ya no te queda en la tierra  
 Otro ayoyo mas que yo:  
 Ya no se opondrá tu padre,  
 Dueño mio, á nuestro amor.  
 Ya somos entrambos libres,  
 Vamos pues donde otro sol  
 Con mas benéficos rayos  
 Alumbre para los dos.  
 —¿Conque mi padre?...  
 —No puede  
 Ya oponerse.  
 —Los piés voy  
 A besarle.  
 —Tente, Blanca,  
 Que es con una condicion.  
 —¿Cuál?  
 —Que se esparza entre el vulgo  
 Con preparado rumor  
 Que él no consiente, y que huyes  
 Vencida á mi seducción.  
 Sigueme pues, Blanca mía,  
 Que te juro por mi honor  
 Que si tus padres te vieran  
 Mudarian de intencion.  
 —¡Ay! yo no sé peregrino  
 Que encanto hay en vuestra voz  
 Que á un mismo tiempo me halaga,  
 Y me hiere el corazón.  
 —Partamos Blanca.

—Llebadme

Donde gustareis, señor,  
 Vos sois quien solo en la tierra  
 Cariño tal me mostró,  
 Y no creyera en el cielo  
 A poder dudar en vos.

Y siguiendo el ciego impulso  
 De su puro corazón  
 Del bravo conde en los brazos  
 Blanca llorando cayó.  
 Tomóla en ellos el conde,  
 Y en el mas leve rumor  
 De sus pisadas poniendo  
 Exquisita prevision,  
 Del castillo atravesaron  
 Uno y otro corredor,  
 Unos y otros aposentos,  
 Y uno y otro caracol.  
 Y así despacio llegando  
 A la muralla exterior,  
 El puente echaron, saliendo  
 De tan lóbrega mansion.  
 Cruzaron el parque aislado,  
 Bordearon en derredor  
 Un montecillo de abetos,  
 Y hallando tras un peñon  
 Dos caballos que sin duda  
 El peregrino apostó,  
 Montaron á toda prisa,  
 Y al repentino aguijon  
 De la espuela se lanzaron  
 En un escape veloz.  
 De ellos en breves instantes  
 Solamente se alcanzó  
 La sombra, que de la atmósfera  
 Se atenuaba entre el vapor;  
 Y un punto negro por último  
 Al léjos se oscureció,  
 Quedando otra vez en calma  
 La solitaria extension.

Y cuando al día siguiente  
 Ya casi al ponerse el sol

La gente que en el castillo  
 Quedaba se despertó,  
 Vió asombrada que su sueño  
 Tan tenaz, fué en conclusion  
 Obra del fatal narcótico  
 Que el peregrino les dió.  
 En vano desatentados

Por uno y otro salon  
 En busca de ambos corrieron  
 Con iracundo furor ;  
 Al aposento llegando  
 De Argentina y del baron  
 Solo hallaron sus cadáveres,  
 Cuya vista daba horror.

### CONCLUSION.

A pocas noches en Burgos  
 Luminarias se encendian,  
 Dulces músicas se oian  
 Y alegres danzas do quier ;  
 Y á las puertas del palacio  
 La multitud agolpada  
 Pedia desaforada  
 La nueva condesa ver.

En tanto tras de los vidrios  
 De sus calados balcones  
 De los suntuosos salones  
 Irradiando el resplandor,  
 En cuadros de la luz brillante  
 En la plaza se pintaban,  
 Y mil sombras los cruzaban  
 En tropel encantador.

Y esto que via la turba  
 El gozo ajeno envidiando  
 Desde la plaza gritando  
 Seguia con doble afan,  
 Cubriendo á veces el ruido  
 De sus múltiples acentos  
 El son de los instrumentos,  
 Que dentro sonando están.

Se abrió por fin á sus voces  
 Un balcon en el palacio,  
 Colocáronse en su espacio  
 Dos personas á la vez;  
 Y conociendo á sus condes  
 Rompió una voz de repente  
 En un aplauso la gente  
 Espontáneo y sin doblez.

—« ¡ Viva el conde de Castilla ! »  
 Gritaba la muchedumbre,

Y allá del aire en la cumbre  
 Se oia el ¡ viva ! sonar.  
 —« ¡ Viva la condesa Blanca ! »  
 Gritando el pueblo seguia,  
 Y allá en el viento se oia  
 ¡ Blanca ! ¡ viva ! retumbar.

Y al son del aplauso ronco  
 En el balcon recostado  
 Así en tono sosegado  
 El conde á su esposa habló :  
 « Blanca, á la infame Argentina  
 « Del mismo modo aplaudieron,  
 « Y al cabo la maldijeron  
 « Y al cabo la maté yo.

« Pues tan de léjos te traje  
 « Para sentarte en su silla  
 « Haz que se olvide en Castilla  
 « Quien la ocupó antes que tú:  
 « Que de otro modo, condesa,  
 « De mi trono hereditario  
 « No será mas que un sudario  
 « El pabellon de tisú. »

Dió el conde un ósculo amante  
 En la mejilla á su esposa,  
 Y los ojos ruborosa  
 La bella Blanca bajó ;  
 Aplaudió la turba al punto  
 Tan cortés galanteria,  
 Y al son de su voceria  
 El conde el balcon cerró.

Siguió el placer con la fiesta  
 Prolongado hasta la aurora  
 Y de Castilla señora  
 Quedó Blanca desde allí,

Y de la torpe Argentina  
 Borrada al fin la memoria,  
 Se guareció de la HISTORIA  
 De donde á sacarla fui.

—  
 Lector: Si has visto con gusto  
 Como mis lindas francesas

Vinieron á ser condesas,  
 Por un bizarro español,  
 Léelas, cómpralas y apláudelas,  
 Y los cielos son testigos,  
 De que quedamos amigos  
 Para mientras dure el sol.

FIN DE LA LEYENDA TERCERA.

## LEYENDA CUARTA.

### MARGARITA LA TORNERA.

(TRADICION).

### INVOCACION.

¡Espíritu sublime y misterioso  
 Que del aire en los senos escondido  
 Templas su voz, prestándole armonioso  
 Eco gigante ó soñoliento ruido;  
 Arcángel cuyo canto melodioso  
 El orbe arrulla ante tus pies tendido,  
 Inspira tú palabras á mi acento  
 Gratas como la música del viento!

—  
 Porque ¿quién como tú me las daría?  
 Tú, cuya voz dulcísima murmura  
 En la quietud de la floresta umbria,  
 Y del bosque salvaje en la espesura,  
 Y en los gemidos de la mar bravía,  
 Y en los murmullos de la sombra oscura,  
 Y cuanto tiene inspiracion ó acento  
 Tonos te pide para usar su aliento.

—  
 ¿Quién como tú la inspiracion me diera  
 Y la armonia celestial y santa,  
 Y la robusta entonacion severa